

FRANCO, M. (2017). *El asedio. Cómo la inmigración está cambiando Europa y nuestra vida cotidiana*. Madrid: Editorial Popular, 214 pp.

Europa recibe millones de migrantes cada año. Los últimos datos muestran un crecimiento significativo de la población migrante a nivel mundial, pasando a representar el 3,4% de la población (Oxfam, 2018). Ese dato toma mayor magnitud en el continente europeo: en 2010 la cifra de inmigrantes no europeos en la Unión Europea (UE) se calculaba en unos 25 millones de personas, lo que representa el 5% de la población aproximadamente (Livi-Bacci, 2012). En este contexto, Massimo Franco (Roma, 1954) se pregunta si es correcto llamar asedio a la cuestión migratoria en Europa o, ¿si sería más correcto referirse a ella como “el síndrome de asedio”?

Para el autor se puede y se debe hablar de asedio, pero cambiando la óptica de lo que se entiende por *asedio*. Para él, existe “otro asedio que dura ya varios años y está alcanzando niveles de agresividad preocupantes, que surge en la UE y crea tensiones en sus estructuras, su estrategia, sus valores, al menos en igual medida que el asedio proveniente de fuera: se trata del asedio de los Estados europeos al concepto de Europa y el encerramiento tras posiciones nacionalistas y la realidad de nuevos muros, de las barreras en los pasos fronterizos” (p. 10). Es interesante este cambio de visión, que no coloca en el centro de la problemática a las personas migrantes, sino que este asedio —palabra usada frecuentemente por los medios de comunicación para referirse a la inmigración— provendría

de las crisis económicas que vienen azotando al Viejo Continente, de la pérdida de puestos de trabajo y del posterior cambio de significado a nivel vital de los ciudadanos. Esta percepción de asedio existiría empujada, fundamentalmente, por las crisis endógenas del bloque comunitario. Las causas están dentro. Esa es una de las primeras tesis de Franco: hay que mirar dentro de las entrañas europeas para comprender mejor lo que ha sido denominado como “crisis migratoria”, sus causas, consecuencias como sus proyecciones.

En esta obra Franco encara la problemática de la migración en el continente europeo y la aborda teniendo en cuenta distintas aristas: los datos oficiales y los números duros; las diferentes realidades de los 28 países de la UE; el auge de los populismos y nacionalismos, desde Viktor Orbán en Hungría hasta llegar a Donald Trump en la otra costa del océano Atlántico; la industria de la inmigración y el negocio millonario que de ella se decanta; el elemento religioso; la demografía y economía europea; el terrorismo islámico. En definitiva, nos ofrece un paisaje de los efectos estratégicos que acontecen con y por la inmigración en Europa, examinando las alianzas políticas internacionales que nacen al calor del fin de esta década, mostrando una cara que a veces es dejada de lado en los análisis: la industria de la migración, que prospera como uno de los negocios más rentables; buceando en las oportunidades que la inmigración podría dar a la condenada demografía europea y, animándose a lanzar recomendaciones y proyecciones.

Además de ese *asedio desde dentro*, el fenómeno y la percepción de asedio

cunde, siguiendo al autor, porque la mayoría de los migrantes son hombres, son cientos de miles de ellos; porque su religión no es tan maleable y fácil de integrar con el cristianismo predominante de Europa; porque los migrantes son, principalmente, personas pobres, de baja cualificación técnica y, porque, de tanto en tanto, las portadas de los periódicos se inundan con noticias de terrorismo que vinculan violencia con migración.

Ante ese panorama, “la verdadera causa de miedo es la sensación de que el asedio apenas ha comenzado” (p. 11) y resalta que la sensación de cerco es cognitiva. Para Franco este asedio cognitivo es uno de los síntomas de la Europa contemporánea, aunque no el único. Este miedo a la inmigración, por parte de políticos y buena parte de los ciudadanos, responde a un error eurocentrista y geopolítico, que hunde sus raíces en los desastres de Oriente Medio y el Magreb donde Europa ha estado involucrada. Buena parte de los migrantes provienen de las guerras que Occidente sembró a principios de este milenio, provocando desestabilización en esos territorios e inflando las filas de desesperados e, incluso, dándole oxígeno al terrorismo.

Como bien apunta Franco, hoy en día siguen retardando las palabras de Michel Rocard, ex primer ministro francés, que declaró en 1989 que nosotros, los europeos, “no podemos recibir toda la miseria del mundo”, olvidando por completo los errores cometidos por Europa en, por ejemplo, Irak y el norte de África. Y esto aquí es importante porque señala la responsabilidad de las autoridades de la UE en la aceleración y agravamiento de la migración en territorio

europeo como de la implicancia de Europa en la desestabilización de estas zonas. Este borramiento de la responsabilidad ha tenido su eficacia en el imaginario social pero Franco lo subraya cada vez que puede en el libro, apuntando a Europa como la pieza clave de todo el estado de cosas actual en lo que se refiere a la cuestión migratoria europea.

Este miedo al que el autor hace mención se encuentra en contraposición con los tratados políticos y las instituciones fruto del proyecto común europeo que nacieron en un clima de confianza, optimismo con el futuro y derribo de las fronteras. Ahora, en estos últimos años, el “instinto dicta que es necesario encerrarse en uno mismo, asumir una actitud cerrada, defenderse, desconfiar de lo extraño. En una palabra: miedo” (p. 30). Así, un elemento central del proyecto europeo como es la constitución del espacio Schengen pende de un hilo en la actualidad.

Por tanto, para el autor los migrantes son síntoma y no causa. Sin embargo, en los europeos predomina un prejuicio, alimentado de estereotipos y lugares comunes, que reza de la siguiente manera: *si ellos están fuera, Europa está salvada; limitando a esos extraños, volveremos a la prosperidad y resolveremos los problemas*. Estos prejuicios van en la dirección de perder las oportunidades demográficas y económicas que la población migrante aporta.

¿Qué han hecho las naciones para “defenderse” de la migración? Nuevos muros, nuevos guetos. “Cada golpe se ha convertido en un golpe a la identidad que con tanto esfuerzo Europa construyó después de la Segunda Guerra Mundial, pero también

se ha convertido en un monumento al egoísmo de las naciones” (p. 55). Franco hace un repaso de las nuevas barreras y guetos que existen y se proyectan en el continente como política migratoria, recordándonos que el muro de Donald Trump no es el único ni el primero. El autor hace mención al concepto de una “pos Europa”, una realidad pos europea, pero en el sentido contrario a los valores y principios fundacionales, desechando las ideas de progreso, apertura, fusión de culturas e ideas diferentes.

Así, el libro hace un recorrido por las barreras y muros creados por los Estados para controlar la migración. Lo que señala Franco es que las políticas de buena parte de los países que integran la UE se están volviendo restrictivas y defensivas, pareciera que “apuntalar, limitar, cerrar el territorio para detener un asedio que se ve solamente como un peligro, una amenaza, un atentado contra la tambaleante perfección del Viejo Continente” (p. 19) es la única idea de los gobiernos. A la ausencia de políticas serias y que se rijan por los derechos humanos, se le antepone esta actitud de cerrazón y aislamiento.

Incluso, señala que enfrentar la cuestión migratoria desde una trinchera, con un discurso bélico y defensivo, significaría entrar en un modelo de vida diferente con consecuencias psicológicas a largo plazo. Al igual que en una guerra, el asedio implica modificaciones en las conductas de la vida cotidiana. Citando a Nigel Inkster del International Institute for Strategic Studies de Londres, el “riesgo estratégico es un proceso de desglobalización” (p. 29). Es decir, es la misma globalización la que se encuentra en riesgo, en la encrucija-

da, al no poder contener y negociar la temática migratoria. A causa de fenómenos como, por ejemplo, el terrorismo en territorio europeo es posible la modificación de los paradigmas y valores con los que nació la comunidad europea. Eso es algo que Franco remarca en el libro, mostrando su preocupación y alarmándonos.

Ante esta forma de encarar la cuestión migratoria, que se debate entre sufrirla o controlarla, Franco pone sobre la mesa que esta sería una buena oportunidad para enriquecer y actualizar los parámetros de la civilización europea.

El libro dedica un breve apartado a los territorios españoles en África. Sí, en 2019 existen colonias españolas en territorio africano. Es España la que está en África, pero, al mismo tiempo, es Europa. Con el Tratado de Schengen Ceuta y Melilla se convirtieron en la única frontera terrestre entre el Viejo Continente y África. Luego vino lo que conocemos: vallas de acero de tres metros de altura.

Franco explica cómo ha cambiado la dinámica en esos pasos fronterizos, cómo ha mutado el paisaje, brotado los episodios de muerte. Para el autor desde la trágica muerte de catorce migrantes africanos al intentar cruzar la valla hay un antes y un después. A partir de allí se reforzó la valla y la seguridad, pero lo más importante es que “ambos puestos de avanzada europeos se convirtieron en el laboratorio visual de todo lo que se estaba preparando en el Viejo Continente. La función de las fronteras ya no era mantener alejados a los ejércitos extranjeros. El objetivo era defenderse de amenazas internacionales, comenzando por las migraciones clandestinas” (p. 44).

Ceuta y Melilla son, según Franco, la metáfora del asedio. Están aislados y fortificados.

Aunque tiene estas falencias —la inmigración latinoamericana o asiática no entra en análisis— el libro funciona bien en el sentido de colocar a la inmigración como uno de los grandes debates que transcurren en el mundo y en Europa, dejando abiertas preguntas que seguirán en discusión en los años venideros: ¿es el miedo a esa especie de asedio la respuesta normal y beneficiosa para

el continente? ¿Cómo un invento tan magnífico como la UE puede verse tambalear por el impacto “de unas miles de barcas de desesperados inmigrantes de África y del Oriente Medio”? (p. 17) ¿No existen las herramientas para gestionar y aprovechar a esta nueva población en un continente envejecido como es el europeo?

LUCAS GATICA

Doctorando en el programa de
Derechos Humanos,
Universidad de Deusto.